



Nuestra
casa en el árbol **Lea**
Vélez

Nuestra casa en el árbol

Lea
Vélez

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1393

© Lea Vélez, 2017

© Editorial Planeta, S. A. (2017)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2017

ISBN: 978-84-233-5211-1
Depósito legal: B. 2.925-2017
Impreso por Black Print
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El árbol junto al río

El niño de tres años miró a su madre frunciendo el ceño. Intrigado, preguntó:

—Mamita, ¿el sol está hecho de fuego?

—Sí, cielito —dijo la madre.

—¿Y arde y arde para siempre?

—Sí.

—¿Y el fuego de la chimenea necesita oxígeno para vivir?

—Sí, mi amor.

—Vale, mamita. Y si el fuego necesita oxígeno para vivir y en el espacio no hay oxígeno... ¿por qué arde el sol eternamente?

El niño de tres años era mi hermano. La madre era mi madre. Antes de aquella pregunta, el futuro *astroingeniero* ya había hecho cientos de miles de preguntas sobre Venus, la Luna, la oxidación o el funcionamiento de los tranvías, pero esta fue especial. Esta pasó a nuestra historia familiar como el ejemplo más puro de su pasión por las estrellas. Tras pensar en el niño de tres años, miré al joven de veintipocos. El viento enredaba su pelo. Manejaba el timón. Mi hermana y yo surcábamos con él las aguas del Solent. María, en silencio, largaba cabo, disfrutando del sol. Seguí divagando, la brisa me hacía llorar, los pensamientos me llevaron al Génesis: «La tierra era caos y confusión y tinieblas sobre la faz del abismo y el espíritu de Dios se movía sobre las aguas». ¿El Génesis?

¿Por qué pensaba en el Génesis? El mar estaba tranquilo, azul y veraniego, sin niebla, viento o abismo. Hay que ver qué cosas oscuras y místicas me vienen a la mente en los momentos más serenos. Quizá pensé en el Génesis porque, para mí, el origen del mundo es la infancia, y mis hermanos y yo llegábamos ahora, sobre las aguas, desde un mar de posibilidades al nacimiento de todo lo bueno. O no. Quizá pensé en la Biblia porque llegábamos tardísimo a un entierro y en los entierros ingleses hay biblias, sermones y palabras solemnes. O tampoco. Quizá pensé en mi propia muerte.

La amenaza del huracán nos había obligado a pernoctar en la isla de Wight. No había prisa. El tiempo solo corre cuando vamos contra él. La cremación ya se había celebrado. Un cuerpo había ardidido, temprano, en Eastleigh. María estaba cansada. Mi hermano, todo lo contrario. Michael, como siempre, parecía lleno del caudal del río, hecho del agua que se adapta a la tierra y se desliza sin forma propia, esculpiendo con su peso un hermoso valle. Parecía alegre ante la adversidad y no paraba de hacer chistes a costa de mi parche en el ojo.

—Eh, *patapalo*, haremos la última trasluchada cuando llegemos a la boya amarilla.

—De acuerdo —le dije—. ¿Qué tuerto era *patapalo*? ¿Personaje real o de ficción?

—Blas de Lezo, marino y terror de los ingleses. Se quedó tuerto de un inoportuno cañonazo defendiendo no sé qué fuerte en las Américas.

—Al menos el cañonazo no le arrancó la cabeza.

—María, necesitamos más tuertos —dijo Michael—. Se nos terminan los tuertos para meternos con Richard.

Protesté con la boca pequeña. Toda aquella comedia de los mancos de ojo distraía mi mente de otras oscuridades.

—Ya he sido Aníbal, Filipo de Macedonia y Marconi —les dije—. Hemos repasado suficientes tuertos por un día, ¿no? ¡Defiéndeme, hermana!

—Oh, Michael, el pobrecito cíclope tiene razón.

Reímos de nuevo. María se animó. Les encantaba meterse conmigo, a los puñeteros, y mi ojo vendado era la diana perfecta para sus cariñosas pedradas. Al verles así, fuertes, jóvenes, bromistas, pensé: los vivos somos la suma de todos los muertos y los muertos queridos nos empujan con su pasado, como el viento del este empuja esas olas y estas velas y aquellas hojas, alineándolo todo. Avistamos la boca del estuario y la última boya. Michael se sumergió en un vago recuerdo del *Paraíso perdido*, como si volviera a una de nuestras representaciones infantiles:

—«Y el monstruo Leviatán, allí, ese gran animal, en lo profundo, como un promontorio, duerme o nada, parece tierra inmóvil entre las aguas...» Lo del monstruo igual me lo he inventado... ¡Preparados para trasluchar!

Con un golpe de mano en la rueda del timón, viramos a babor, embocados hacia el río.

—Tú, como siempre, mejorando el poema —le dije risueño, mientras tensaba el cabo con ayuda de mi hermana. Siempre me emociona el golpe de la botavara, la presión del viento en la vela.

—No sé cómo sigue, ¿alguien sabe cómo sigue? —preguntó.

—¿Por «alguien» te refieres a mí? —dijo María.

—Eres la que sabe de estas cosas.

—¿Es Milton?

Mi hermano asintió. Hamble Point, a sotavento; Warsash, en la distancia. Los árboles de la costa crecían en mi retina y en mi pecho, formando palabras como «familiar», «hogar», «excitación». Salieron por mi boca estos versos:

—«Aspira por las branquias y al soplar lanza un gran chorro.»

—¿Qué tío! ¿Cómo lo has recordado?

—No tengo ni puñetera idea.

—¡Bravo, Richard! Yo nunca conseguí memorizar un solo verso de Milton —dijo María—. ¿No es un rolla-

zo? A mí me parece un rollazo. Bueno, no, claro, Milton no es un rollazo, no debería decir estas cosas, pero es que, donde estén los poetas persas, que se quiten estos sajones brutales y bíblicos.

Mi hermana echó mano a la polea del mástil. Entre los dos plegamos la vela.

—Ahí está el Hamble, nuestra ballena, abriendo las fauces —dijo mi hermano—. Desarbolamos, chicos.

—Estamos en ello, capitán.

—¿Lo de «capitán» va con retintín?

—Mucho.

Michael arrancó el motor del barco.

—Preparados para cambiar las aguas traviesas del Solent por las del río humilde de los recuerdos —dijo mi hermano.

—Eso no lo escribió Milton —añadí.

—No, eso lo digo yo.

María protestó mansamente:

—No os metáis con mi estuario. Mi estuario no es la boca de ningún Leviatán monstruoso. Pobre Hamble.

El *Memento* dejó atrás Southampton Waters. Comenzábamos nuestro ascenso hacia Joiners House. «Ya estamos en casa», pensé, aunque lo pensé sin pensarlo. Hay cosas que se piensan sin que pasen por la mente. «Ya estamos en casa.» No hay muchas frases mejores. Es de esas frases que son emociones. Nunca se desgastan, como la palabra «maravilla». «Maravilla», qué placer verbal. Estas frases y palabras surgen de las paredes del alma, bajo una espiral de gaviotas, delfines del aire, que gritan en la bocana del puerto. ¿Por qué nos molestan los gritos de las gaviotas y no nos importa el canto del ruiñeñor? Porque entendemos lo que nos dicen. El estrecho y mis pulmones se llenan del aroma del lodo que sopla desde la tierra. Hasta los árboles parecen felices de vernos volver y agitan sus ramas repletas de pañuelos verdes. También nos reciben los ingleses, con un cartel que dice:

BIENVENIDO AL RÍO HAMBLE
VELOCIDAD MÁXIMA SEIS NUDOS
SINTONICE FRECUENCIA DE RADIO HAMBLE VHF, CANAL 68
CÁMARAS DE VIGILANCIA EN ACCIÓN

Un río ancho, con denso tráfico de motoras, veleros lentos y rápidos, niños en pequeños botes, piragüistas y remeros, puede dar cierto miedo, pero no hay de qué preocuparse. No es complicado navegar por el Hamble. La cortesía obliga a arriar velas, poner motores a medio gas, respetar a los barcos pequeños. La calma se convierte en un lago de tiempo.

El río es un animal pacífico, amistoso. Te lleva sobre el lomo con ayuda del viento. No es traicionero, nunca muerde. En realidad, es un ancho brazo de mar de aguas saladas. Si fuera una persona, el Hamble sería un tipo tranquilo, dócil, algo gris, muy discreto, de inmensa memoria y de grandes silencios. Si fuera un anciano, habría que acribillarlo a preguntas para que recordara los detalles de su infancia, pero nunca se quedaría sin respuestas. El Hamble huele a hierba y huele a sal y, como forma parte de un estuario, está sometido a las mareas, aunque en Southampton ocurre una cosa llamativa: es el único lugar de Gran Bretaña donde las mareas son dobles.

El río que nos ocupa tiene el lecho de arcilla y sus habitantes más conocidos son los cangrejos marinos, que son pescados y arrojados, pescados y arrojados, pescados y arrojados, por los cientos de niños que visitan el puerto con los cubos y sedales que vende en su puesto de helados el señor Marsh. Cinco mil años de relación con los hombres yacen bajo estas suaves riberas en forma de puntas de flecha, boyas que marcan naufragios, costillares de madera negra que parecen esqueletos de monstruos marinos. Ballenas de roble devoradas por el tiempo. El Solent es el punto de Inglaterra con mayor concentración de yates de todo el país. Los barcos, vistos desde el aire, son cremalleras blancas cosidas sobre una larga tela negra. Hay miles.

Miles de barcos de todos los tamaños. A pesar de esta proliferación de mecanismos marinos, yo creo que estamos en un lugar secreto, o a mí me lo parece. La península de Hamble solo la conocemos bien los que hemos vivido en ella. Es un laberinto natural de agua y marisma, bosques y barro. Todo este verdor a resguardo del oleaje del mundo pertenece al condado de Hampshire y se extiende entre los dos grandes puertos de Portsmouth y Southampton. El terreno es complicado de entender. El Hamble no es el único río que desemboca en el estrecho. Tres bocas se abren en la manga de mar que une este trozo de costa con la isla de Wight. Los otros dos ríos son el Itchen y el Test, también navegables.

De un lado del Hamble se extiende el lugar a donde fuimos a parar la excéntrica madre, mis hermanos y yo: la pequeña villa de Hamble-le-Rice, que no ha cambiado en doscientos, dos mil, doscientos mil años. Tiene unas cuatro casas con fachada de ladrillo rojo y pedernal, buhardillas picudas, calles adoquinadas. Por supuesto, es como una postal inglesa. A la espalda de este pueblito está la villa de Netley, que tuvo gran importancia en la época del antiguo hospital victoriano. Sus encantos actuales son el parque Victoria, la ruinosa abadía y el extravagante castillo. El castillo de Netley me sigue fascinando. Hace unos años lo restauraron. Lo reconvirtieron en pisos de lujo. Aunque los adinerados residentes abren sus ventanas a la ría, el agua de este paisaje está enmarcada por la zona industrial del Test, con su horrorosa central eléctrica, su espantosa refinería y los enormes petroleros que vienen de Dubái o de sitios semejantes a descargar el crudo. La paradoja visual es magnética: los ricachones que viven en el castillo se asoman al humo industrial de su poder económico, mientras que los humildes trabajadores del complejo petroquímico admiran cada día, desde sus ingratas labores, un castillo de cuento de hadas junto al mar. Otra metáfora física —como diría mi madre— de la realidad moral.

Pero salgamos de Netley y volvamos a Hamble-le-Rice. Nuestro hogar británico se llamaba Joiners House y era una vieja escuela de carpintería reconvertida en residencia y hotel *bed and breakfast*. Estaba a unos metros de los cisnes del agua. Tenía un embarcadero de madera, un jardín empinado y un roble que al final de aquel año podría presumir de una casa en la copa por sombrero.

—¿Qué os parece este jardín? ¿Os acordabais de él? ¿No es maravilloso? —nos dijo mamá el día que llegamos. Michael tenía seis años, María cuatro y yo, cinco. Mis ojos se quedaron pegados a la barca de remos.

—¿Que qué nos parece? —respondí—. ¡Que vamos a vivir en un libro de aventuras!

Michael esgrimió una espada imaginaria y se subió a un tocón mientras decía:

—Hola. Me llamo Íñigo Montoya; tú mataste a mi padre, ¡disponete a morir!

Desenfundé mi pistola:

—¡Yo soy Indiana Jones y tu espada no puede hacerme daño, pium, pium!

—¡No vale mezclar películas!

—¡Michael, te tienes que morir o saco el látigo!

En ese instante, mi hermanita María se lanzó sobre nosotros:

—¡Cabuum! ¡Soy la mujer maravilla y acabo de convertirlos en carne de hamburguesa con mi lanzarrazos-pararrayos! Venga, y ahora os tiráis al suelo.

Obedecimos a la pequeñita y nos morimos genial, retorciéndonos entre estertores, echando espumarajos por la boca. María se puso a dar saltos de alegría como un conejo sin orejas largas.

—¡Los he matado, mami! ¡Mira, mira, los he matado!

Mamá nos miró muy complacida mientras nos agitábamos en convulsiones y dijo:

—Hay una barca de remos y dos canoas, pero nunca podéis salir a navegar sin mi permiso y sin el chaleco salvavidas.

—¿Esta casa es toda nuestra, «princesa prometida»?
¿To-da? —dijo Michael.

—Ahora sí. Ahora ya es nuestra, toda entera enterita nuestra. Nuestra y de los huéspedes que vengan a visitarnos. ¿Os gusta el sitio?

—¡Eres la mejor madre de la meseta central! —gritó mi hermano.

Los niños miramos hacia el río desde un lugar que ya siempre sería memoria. María estrujó su peluche favorito, un oso polar que en tiempos de matusalén había sido blanco, y dijo:

—Me encanta, mamita. Mi osito-polarito dice que por delante de nuestro jardín pasará el mundo flotando.

Y pasó el mundo, y ahora estamos aquí, adultos, flotando entre patos, gaviotas y barcos.

Amarramos el *Memento*. Habíamos llegado a Joiners House. Las malvarrosas agitaban los brazos, cargadas de flores delicadas. Un gato blanco nos miraba desde el poste del embarcadero. Los pájaros revoloteaban junto a la casa del árbol, que se elevaba majestuosa sobre el gran roble del jardín. Desembarcamos en Joiners, clon-clon-clon, tocando el tam-tam del embarcadero de madera con los pies. Fue como entrar en un cuadro. Nadie salió a recibirnos y eso que Michael gritaba: ¡Ah de la casa! ¡Han llegado los Martin!

—Ya nos dijo el señor Marsh que no habría nadie. Deja de gritar —dijo María.

—Alguien habrá que nos pueda dar un bocadillo —replicó Michael.

—No sé cómo puedes tener hambre en un día así.

—La muerte siempre da hambre, María. Pareces nueva en esto de las desgracias.

—¿Desgracias? No existen las desgracias en Joiners House.

Por primera vez reconocí a mi madre en la sonrisa

resignada de mi hermana. Respiré hondo, sintiendo el limo de la orilla en los pulmones. Las desgracias ¿es cierto que aquí no existen? Debo pensarlo.

Dicen que los lugares donde has crecido parecen más pequeños cuando vuelves de mayor. Esto no me pasa con mi hogar inglés aunque vivo en España desde hace años. Se mantienen las proporciones porque árboles y arbustos han crecido con nosotros. Es un laberinto de verdor, habitaciones de exterior, terrazas, rincones, escaleras, armarios de Narnia, un río de movimiento interior. Al fin, salió una de las camareras, después las demás. Besos, alegría, saludos. No había familia a la vista, solo empleados. Me preguntaron por mi ojo. Les di las respuestas acostumbradas. Hubo más chascarrillos y fui Falconetti, el rapero Slick Rick y hasta Colombo, que andaba siempre con el párpado caído. María se acordó de aquel poeta español, Bretón de los Herreros, que perdió el ojo en una reyerta de honor. Su desgracia le inspiró el simpático epigrama: «Dejome el Sumo Poder por gracia particular, lo que había menester: dos ojos para llorar... y uno solo para ver».

Desayunamos algo en el restaurante. Tras matar el hambre nos desplegamos sobre la hierba, indolentes, como actores de un drama victoriano. María se distraía con las budelias, recortando cabezas muertas. Michael aceitaba el bate de críquet, posando para una estampa costumbrista. En unos días jugaría en el famoso y absurdo partido anual de Bramble Bank. Yo escribía en los cuadernos de espiral que me acompañaban desde hacía semanas y que me sirvieron para ordenar este relato autobiográfico de nuestra infancia en el Hamble.

—¿Por qué tomas tantas notas ahora, justamente ahora? —me dijo Michael blandiendo su bate.

—Para que no se me olvide nada de lo que voy recordando.

—¿No te fías de tu memoria? Nunca he conocido a nadie con una memoria como la tuya.

—Ya sabes que mamá siempre estaba escribiendo en sus diarios. Será una imitación inconsciente.

Dejé de escribir. Puse los cuadernos a un lado. Michael empezó a curiosear. También era su infancia.

—¿Me dejas ver?

—Claro.

—Lee en voz alta —dijo María—. Hace un día perfecto para volver al pasado.

Tres mariposas Holly Blue danzaban al sol. El primer cuaderno empezaba con la frase: «Todos mis errores me trajeron hasta ti». Michael me miró intrigado, disfrutando del poema.

—¿Tú no sabrás de quién es? —le dije—. Yo no me acuerdo.

—Era del estribillo de una canción.

—¡Es verdad! Pensaba que era el comienzo de un poema.

All my mistakes brought me to you. No recordábamos al músico. Un americano folk. Alguien estupendo. Llegamos a la conclusión de que el holandés la escuchaba el verano en que mamá construyó nuestra casa en el árbol. María empezó a tararear. No hay canción que se le resista. Me reflejé en los ojos de mi hermana y vi a la niña dulce de entonces. La misma que un día dijo: «Mamita, si la infancia es tan tan tan feliz como dicen los mayores, ¿por qué los niños siempre estamos llorando? ».

—Vamos, sigue leyendo —insistió la María adulta—. Yo era muy pequeña. ¿Esto fue el año en que murió papá?

—No —respondió Michael—. El primer año, mamá estaba hecha polvo. Aún vivíamos en España, peleándonos con el colegio y con la vida. Vinimos año y medio después.

—Dinos la verdad. ¿Para qué escribes estos cuadernos? —me preguntó María—. ¿Tomas notas para un libro? Siempre quisiste ser escritor, confiesa...

Cuando me lo preguntó así, a bocajarro, estuve al

borde de confesar todo lo que llevaba días ocultando —no sé resistirme a los ojos transparentes de María—, pero fui valiente y mentí de nuevo:

—No lo sé, me ha dado por ahí. Si no lo hago yo, ¿quién va a hablar de la casa del árbol? ¿Quién va a atrapar esta magia y repartirla por el mundo?

—Tú eres el más indicado, eso es cierto. Siempre quise inventar la inmortalidad.

Sí, me dije. La inmortalidad es mi obsesión y los cuadernos, el inventario de nuestro amor. Estaba haciendo acopio de momentos fuertes para diseñar este hogar mental en el árbol que ya me toca construir. Al pensar en la casita arborescente, les dije:

—«Llevamos el destino escrito detrás de los párpados, por eso solo podemos verlo con los ojos cerrados.» ¿Os acordáis de quién dijo esto?

—Fuiste tú —me dijo María—. Está escrito en la pared de la casa del árbol.

Caí fascinado en un trance de recuerdos, preguntándome si la infancia no será más que el lugar donde se siembran profecías. Me puse a pensar en todo lo que no recordamos. Lo olvidado nos rige y de lo olvidado surge mi breve reflexión sobre lo que habitualmente se llama «desgracia». Es cierto que en Joiners House no existen las desgracias. En Joiners House un huérfano no es un niño que sufre y se esconde bajo las faldas de una mesa camilla. Una viuda no es una mujer desolada, demacrada, con ganas de morir, que se lamenta. La desgracia no es llanto. No se ve. Es un peso profundo, como el de la gravedad en Júpiter, porque es como vivir en Júpiter. La desgracia es una montaña invisible, que a veces se mueve. Igual que hay alpinistas que coronan los picos más altos, hay madres que escalan a tientas su propia desgracia. Estas personas saben que el único camino de salida es hacia arriba. Actúan por instinto, como los animales. La desgracia es abrir los ojos a la verdad.

Esta mujer había perdido mucho y por eso reía tanto

y nos hablaba de la vida y de la muerte todo el tiempo, llorando o a carcajada limpia, enseñándonos a comprender la desgracia desde un sentido de urgencia, de aprovechar el tiempo, de fugaz mortalidad, de amor a contrarreloj. La madre que escala la desgracia usa de *sherpas* a sus hijos y tiene con ellos conversaciones como esta:

—Mamá, ¿es verdad que papá está sentado en una nube? —le preguntó mi hermano un día.

—No, no es verdad. ¿Quién te ha dicho eso?

—Mi profesora, la señorita Shank. Me dijo que no tenía que hacer la tarjeta del día del padre si no quería porque mi papá está sentado en una nube, que es lo que dice la gente que cree en Dios y los angelitos y esas cosas.

—¿Y qué le respondiste?

—Que eso era un disparate. Que mi padre no estaba hecho de vapor de agua. Que yo te ayudé a esparcir sus cenizas y que está en los jardines de la abadía, en las raíces de un roble centenario. Luego le dije que sí que quiero hacer una tarjeta para mi padre, porque yo tengo padre, solo que está muerto.

—Muy bien contestado.

—Mamá, ¿por qué hay tantas personas que creen en Dios? —dijo Michael.

—No hay un solo motivo. Hay muchos y muy variados. Por ejemplo, hay quien nace en una comunidad cristiana o de la religión que sea y su religión es parte de la cultura, con lo cual se sumergen en esas creencias sin cuestionarlas porque ir contra ellas es convertirse en diana del odio o de la burla. Una cultura es un mundo de signos, símbolos, comportamientos que están bien vistos. En el patio del colegio tenéis la cultura de la imitación. Tú te comportas como los demás niños del colegio en muchas cosas, para no destacar, y, por ejemplo, no te quieres poner el abrigo por las mañanas porque no quieres ser el único que lo lleva puesto. Crees que, si no haces lo mismo que los demás, no serás aceptado, que se reirán de ti. Con la religión, hay quien verdaderamente siente

su espiritualidad y emocionalmente tiene respuestas invisibles al sentido de vivir en la idea de Dios, de un ser supremo que organiza el caos, que nos dirige. Hay quien cree que rezando le irá mejor en la vida pero solo reza, sin vivir conforme a ningún valor humanista de su propia religión, también hay quien es incapaz de actuar o no puede actuar y desvía su impotencia ante la enfermedad de un hijo o de un marido por la vía religiosa. Incluso hay científicos que ante la perfección de la física y de la matemática se han pasado del lado de los ateos al de los creyentes. Los que no creen en Dios se llaman ateos. Hay muchas maneras de ser religioso.

—Yo soy ateo.

—Bueno, eso está bien. Yo también lo soy, pero eso no significa que tú tengas que serlo por quedar bien conmigo.

—¿Por qué eres atea?

—Supongo que por lo mismo que tú le has cogido manía a leer y a escribir, porque en el colegio me obligaban a rezar el padrenuestro y a aprender el catecismo a la fuerza. Además, mis padres no me educaron en la religión. No es mi cultura. Me enseñaron a ponerlo todo en duda. A profundizar. A no creer en algo solo porque lo repite todo el mundo, porque todo el mundo puede estar equivocado.

—Como en *Matrix*, que hasta que no te tomas la pastilla roja no ves que estás enchufado en una fábrica alienígena que te chupa la energía.

—Como en *Matrix*. Exactamente.

—Mami, a lo mejor Dios existe porque es una metáfora.

—No sé si Dios es una metáfora, pero *Matrix* sí es una metáfora de la religión y de algunas de las grandes preguntas del ser humano.

—Mamá...

—Dime, cielo.

—Estaría bien que nos pudiéramos tomar la pastilla azul y ser felices.

—No nos hacen falta pastillas, cariño. Nosotros somos de los que convierten la realidad en ficción y viceversa.

Muchas veces sueño con la casa junto al Hamble. Fueron los años en los que escribimos la partitura de nuestra vida y la música de los recuerdos pasa por mi interior como el río salado que corre frente a las ventanas. Fue aquel tiempo en que murió papá. El tiempo de resurgir. El tiempo inmóvil en que rompimos con todo y nos mudamos a Inglaterra, a esa apagada zona campestre, bucólica pero aburrida, ordinaria y llena de aventura, junto a la ría que forman en Southampton el Hamble, el Itchen y el Test y que los ingleses llaman el Solent. Fue el tiempo de sembrar pasiones con largas conversaciones, el tiempo de enamorarnos de símbolos y personas que marcarían nuestras profesiones, pero, sobre todo, fue el tiempo en que mi madre construyó una casa en un árbol para salir del dolor.

Espero que inmortalizar en mis páginas aquellas escenas no sea como extirparlas de los recuerdos, porque escribir algo para la posteridad, a veces, es la mejor forma de olvidarlo. Pero esta es mi terapia, igual que construir una casa en el árbol fue la de mi madre. Dos semanas después de nuestro retorno fraternal a Joiners, los niños del pasado renacemos sobre la hierba, componiendo este hogar, que, como la vida, es mi realidad de pastilla roja y, como la literatura, es pura ficción azul para el lector.